



Rev. Hist., N° 28, vol. 2, Julio-Diciembre 2021: 565-569

ISSN 0717-8832

<https://doi.org/10.29393/RH28-47JPMV10048>

Jorge Pinto Rodríguez, *La Araucanía. Cinco siglos de historia y conflictos no resueltos*, Santiago, Editorial Pehuén-Universidad Católica de Temuco, 2020, 215 páginas. ISBN 978-956-16-0826-9.

Mario Vega Henríquez*

El reconocido académico e investigador Jorge Pinto, se ha destacado por sus distintos trabajos en los que aborda los vínculos históricos entre el pueblo mapuche y el Estado de Chile, lo que le valió el honor de recibir el Premio Nacional de Historia en el año 2012. En este caso nos presenta una valiosa y necesaria obra que aborda la condición multicausal de las tensiones que configuran el actual conflicto territorial en la Araucanía.

Sin duda, el autor se introduce en una de las temáticas de mayor complejidad en nuestra sociedad y lo hace con la aspiración de aportar a una mejor comprensión sobre lo sucedido en la Araucanía a partir de una amplia perspectiva temporal, situando nuevas posibilidades de diálogo que generen alternativas de futuro.

Adicionalmente, este trabajo acude a una multiplicidad de registros del pasado mediante fuentes documentales públicas y privadas, estadísticas y literarias, entre otras, sobre las que construye una interpretación holística del problema planteado. De este modo, lo epistemológico y lo heurístico se articulan exponiendo la mejor esencia del oficio del historiador.

La pregunta acerca de las causas que provocan hechos de violencia en esta región y su entorno, motiva el examen histórico que realiza el autor sobre sus orígenes, buena parte de ellas originadas en la *longue durée*. Su punto de partida se localiza en la confrontación entre una primigenia sociedad tribal y la violenta irrupción de prácticas capitalistas por los

* Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, correo electrónico: mvegahen@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9745-0926>.

colonizadores europeos. De este modo, Pinto propone la necesidad de ampliar las herramientas teóricas que pueden permitir un cabal análisis de las consecuencias hasta el presente.

Una de ellas es el llamado “principio de las equivalencias” presente en las sociedades fronterizas, en base a la idea de que los conflictos internos ocurridos en una de ellas siempre repercuten en su contraparte. Esta visión es la que aplica al tipo de relaciones generadas durante el siglo XIX entre la naciente República y el mundo mapuche. De igual modo, reflexiona sobre la imbricación existente entre emociones, pasiones y violencia como, asimismo, al rol de la memoria social en portar y transmitir tales conflictos.

En ese sentido, el primer capítulo “Los puntos de partida y uso de algunos conceptos” sistematiza un conjunto de aportes que facilitan a los lectores adquirir una perspectiva de aproximación al problema planteado en sus particularidades dentro de la Araucanía, la naturaleza histórica de los fenómenos de violencia en la región y la conceptualización relativa al territorio involucrado y sus márgenes culturales.

Por su parte, el segundo acápite “Qué se busca en la Araucanía. ¿Paz o seguridad?”, problematiza en torno a la presencia en el tiempo de ambas concepciones como una de las discrepancias que han sostenido sus actores en este conflicto. La visión de que la Araucanía poseía riquezas que la presencia indígena impide obtener, motivó la configuración de la fase inicial de sus relaciones con el Imperio Español hasta la celebración de las “Paces de Quilín” en 1641, que inauguraron una nueva etapa signada por la necesidad por parte de las comunidades nativas de volver a producir poniendo término al castigo recibido por su pueblo mediante la paz.

La posibilidad de conquista del territorio indígena quedó entonces, temporalmente postergada, pues, en términos prácticos, los indígenas funcionalizaron su aparato productivo con el sistema económico colonial, deviniendo en productores y mediadores en redes de intercambio comercial. Su contraparte, en cambio, observó en la “seguridad” el criterio para organizar los vínculos fronterizos hasta entrado el siglo XIX.

Desde tal marco, el siguiente capítulo “Colonialismo en la Araucanía y resistencia mapuche. Chile, 1550-1810” se centra en la singularidad del proceso de dominación del Gulumapu, el que centró sus objetivos en la transformación de los indígenas en productores de excedentes económicos en simultánea aculturación e inserción en el mundo hispánico. De igual manera, esta mutación produjo un cambio en la “imagen del otro”, el mapuche, cuyo cuerpo merecía respeto dado el nuevo rol productivo que desempeñaba en las densas redes de tráfico mercantil en el conjunto Walmapu. En esta fase, a juicio del autor, resultó fundamental el aporte de misioneros jesuitas y franciscanos, particularmente a través de su argumentación que desvirtuó la noción de la “guerra justa”.

Sin embargo, la égida del colonialismo proyectó su presencia tras la independencia de Chile en sus relaciones hacia el pueblo mapuche y ello es abordado en detalle a través del cuarto

capítulo titulado “El Estado en la Araucanía y el Neocolonialismo. 1810-1973. El impacto de los acontecimientos infaustos instalados en la memoria del pueblo mapuche”. Tras las múltiples manifestaciones y la exaltación de su primigenio heroísmo indígena expresado en su lucha contra los españoles, en la sociedad criolla tuvo espacio un largo debate en torno al status de la Araucanía dentro del naciente Estado, asumiendo que esta formaba parte integral de un territorio que progresivamente irá definiendo sus límites.

Esta primera etapa, entre 1810 a 1850, larvó la gradual asunción de concepciones de “civilización contra barbarie” que explican la implantación en la región de prácticas de colonialismo interno sobre los dominios ancestrales de las comunidades mapuches.

Este fenómeno se asienta definitivamente, a mediados del siglo XIX, cuando se inicia una nueva fase en la industrialización a nivel mundial y en donde la oligarquía chilena, insuflada en sus ímpetus por el positivismo cientificista, concibe la iniciativa de expandir la presencia estatal en la Araucanía, extendiendo la producción agrícola e introduciendo colonos extranjeros, expandiendo su influencia en los mercados del Atlántico.

Implícita en toda práctica colonialista se encontraron las categorías raciales que operan como soporte legitimador de la usurpación, evolucionando la visión sobre los indígenas desde la admiración por el indómito espíritu guerrero hacia “salvajes” causantes de un lastre para el progreso del país. Fue en esta perspectiva donde se situó el origen de la fase de inicio de sistemáticos agravios y dramáticos atropellos en contra del pueblo mapuche que derivó en el expolio de su territorio mediante la ocupación militar y enajenación de sus tierras y su transformación, tanto en masa de mano de obra campesina, como en población deslocalizada a reducciones.

Pinto define el período entre 1900 a 1960 como la fase de mayor intensidad del colonialismo interno. No obstante ello, este período fue también el del surgimiento de la “estrategia de los lonkos” mediante la inserción de sus reivindicaciones en el aparato del Estado a través del levantamiento de iniciativas de demanda y sensibilización hacia su problemática, como por la creación de organismos estatales para abordar los asuntos indígenas. A pesar de ello, las posibilidades de negociación fueron limitadas.

Esta fase culminó según el autor en el intenso período 1960-1973, en donde la Reforma Agraria emerge como posibilidad para la recuperación de las tierras anteriormente arrebatadas, dentro de un proceso de modernización agrícola que buscaba generar una agricultura de pequeños propietarios en detrimento de su posesión comunitaria observada como fuente de pobreza y subdesarrollo. En esta fase de radicalización de las demandas por parte del pueblo mapuche, Pinto atribuye al MIR y al Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) como autor de un compromiso que buscó vincularlo a un proceso radical de cambios, desenfocándolo de su propia lucha y condición de pueblo colonizado por el Estado.

El capítulo quinto “El neoliberalismo en la Araucanía. 1970-1990” aborda las profundas transformaciones experimentadas por la región a partir de la implantación de reformas económicas de esta orientación por parte de la dictadura cívico-militar. Esta etapa, manifestó con intensidad el centralismo existente en el Estado de Chile, así como el despliegue de gigantescos intereses por parte de su élite empresarial, dando lugar a un complejo impacto en una zona cuya base productiva era fundamentalmente agrícola.

Uno de sus efectos fue reconcentrar, gradualmente, la propiedad de la tierra sobre sus antiguos poseedores, abrogando de ese modo, los avances registrados mediante la Reforma Agraria. Fuerza y violencia fueron métodos que la autoridad utilizó generándose graves atropellos, reiterándose prácticas de larga data en la Araucanía. Esta política se correlacionó con el sistemático aumento de la superficie forestal plantada de distintas especies de pino, cifra que alcanzó su máxima expansión durante el quinquenio 1981-1985. La llegada de las empresas forestales desarticuló la estructura de producción y distribución de bienes agrícolas, sustentada en la pequeña y mediana propiedad, en su mayoría mapuches. Los efectos de la política neoliberal explican en buena medida los deficientes indicadores de desarrollo y pobreza endémica en la región.

En una perspectiva más inmediata, el capítulo sexto titulado: “Las promesas incumplidas. Del Pacto de Nueva Imperial en 1988 al Plan Araucanía en 2019”, profundiza en las causas explicativas del actual estado del conflicto entre el Estado chileno y el pueblo mapuche en una atmósfera que ha dificultado el diálogo, fortaleciendo la desconfianza tras el incumplimiento de compromisos públicamente asumidos.

Para Pinto, esta dimensión del problema posee un marco de comprensión mayor en el descrédito y escepticismo hacia las autoridades que se aprecia en el conjunto de la sociedad chilena y en la propia incapacidad de nuestra democracia para ampliar su base de legitimidad y participación. Lo anterior, en el marco de una sociedad en la que el consumismo, y el endeudamiento y la desafección por lo público-institucional, han impedido materializar un proceso de desarrollo humano causado, asimismo, por el abandono de las aspiraciones anti neoliberales que inspiraron el retorno a la vida democrática en Chile. Por el contrario, el autor enfatiza en que a partir de 1990 la exclusión económica del pueblo mapuche se ha agudizado por efecto del insustentable extractivismo forestal, acrecentando tanto la toma de conciencia sobre sus reivindicaciones, como su demanda por justicia.

En directa relación con lo anterior, en el séptimo acápite “El conflicto Estado-Pueblo Mapuche en la historiografía e intelectualidad mapuche y no mapuche en las últimas décadas”, el autor aborda la construcción epistemológica desarrollada en el ámbito de las ciencias sociales que ha permitido desarrollar una mirada autónoma como comunidad. Este aspecto reviste una importancia fundamental para el planteamiento de alternativas de resolución del conflicto,

otorgando solidez a su interlocución con los espacios de poder estatal, pero del mismo modo, a través de sus obras, como un puente con el conjunto de la sociedad chilena.

Este camino, iniciado hacia 1930, reconoce la contribución de Manuel Manquilef, Manuel Neculman, Zenobia Quintremil y Venancio Coñuepan en una primera etapa; así como una nueva generación de historiadores e intelectuales conformada hacia 1978, nacida de los Centros Culturales Mapuche, Admapu y el Consejo de Todas las Tierras; y, posteriormente, la Comunidad de Historia Mapuche, liderada por José Mariman, José Ancán y Margarita Calfío. Por otra parte, destaca la contribución de Elicura Chihuailaf, Premio Nacional de Literatura, 2020 y de otros destacados académicos de diversas instituciones.

El profesor Jorge Pinto nos entrega una obra madura e integral en las herramientas interpretativas que aporta para la comprensión de aquellos conflictos no resueltos en la región y que este trabajo tiene el mérito de poner nuevamente de relieve. El autor contribuye desde el mejor sentido que posee la disciplina histórica, como es extraer los sentidos del pasado para insuflar la deliberación ciudadana, haciendo del académico un intelectual público y a la historia, una ciencia humana crítica, desmitificadora y útil a la deconstrucción de la realidad presente.